

Felipe Fernández-Armesto, *Américo: el hombre que dio su nombre a un continente*, Jesús Cuéllar Menezo, trad., Barcelona, Tusquets, 2008 (*Tiempo de memoria*), 311 págs.

Britano-hispano; orgullo de la Facultad de Historia Moderna de la Universidad de Oxford; católico practicante; catedrático de historia ambiental del claustro Queen Mary de la Universidad de Londres; antirrelativista, antiposmodernista; distinguido integrante del Instituto Holandés de Estudios Avanzados; fiel creyente en una realidad histórica elusiva pero objetiva; titular de la cátedra de Historia Príncipe de Asturias de la Tufts University en Boston, Massachussets; escéptico de la fuente escrita; autor de una gran cantidad de libros, muchos de ellos polémicos y traducidos a una veintena de lenguas, convertidos en *bestsellers* y en series de televisión (como *Millenium*). Todo esto —y otras cosas más que alargarían inútilmente la lista— es el historiador Felipe Fernández-Armesto, quien, a contracorriente de las tendencias actuales de la ultraespecialización, es un partidario de las visiones globales que se sirven de la naturaleza omnicompreensiva de la historia para analizar las complejas relaciones del género humano con su planeta a través del tiempo.

Se dirá que una reseña no debe empezar con un retrato del autor del libro, y menos trazado a pinceladas tan gruesas, pero yo lo considero del todo pertinente porque el boceto deja ver que Fernández-Armesto es un intelectual tan peculiar como esta biografía de la que ahora me ocupo: la más reciente de Américo Vespucio. Aunque, en realidad, he de corregir: la obra no es una biografía en sentido estricto, es más bien la curiosa historia de un topónimo, de un error (literalmente de proporciones continentales), de un fraude o impostura, de los fuertes vientos de la navegación y el comercio que animaron al mundo entre los siglos xv y xvi y, en mucho menor medida, de un personaje fascinante: proxeneta, mercader, pícaro, prestidigitador, chapucero cosmógrafo y acomodaticio marino; un sujeto de imaginación desbordada que era capaz de dar oportunos golpes de timón a su vida cuando las circunstancias lo apremiaban.

En cierto modo, *Américo: el hombre que dio su nombre a un continente* es también una obra conmemorativa, pues su versión original inglesa apareció en 2007 (Londres, Orion), justamente en el 500 aniversario del “bautizo” de este hemisferio que, por cierto, casi nadie recordó. Sin embargo, dista mucho de ser una clásica obra de ocasión, una efeméride: es sobre todo una bitácora de navegación por lo accidental y una reflexión sobre las movedizas condiciones de un mundo que se expandía.

El escenario inicial es la turbulenta Florencia de los Médicis, de mediados del siglo xv a principios del xvi. En dicha ciudad Américo Vespucio (1454-1512) creció y se educó al servicio de una rama del poderoso clan. Luego se trasladó brevemente a París, en una fracasada misión diplomática, pero casi todos sus años mozos discurrieron en el siempre precario alambre de las aventuras comerciales. En 1491, por negocios de los Médicis, Américo fue a dar a Sevilla —próspero imán mercantil de Europa—, justo cuando Colón organizaba su

viaje. Ahí se vinculó con Gianotto Berardi, otro agente comercial italiano entusiasmado con los proyectos colombinos, a los que promocionó y dio dinero; el propio Américo se encargó del aprovisionamiento de la segunda y tercera exploraciones de Colón.

A los pocos años, cuando la estrella de las finanzas empezó a declinar para él, Vespucio dio un gran viraje: del almacén y despacho contable, este hombre de más de cuarenta años, se lanzó al Atlántico, a tratar de emular las acciones de su modelo: el almirante genovés.

Con sólo dos viajes documentados entre 1499 y 1502, uno por cuenta de la Corona de Castilla y el segundo por la de Portugal, en el que exploró la costa del actual Brasil, Américo Vespucio se proyectó a la fama. Esto por medios más bien simples y muy corrientes hoy en día: la autopromoción, la trapacería, la engañosa publicidad sobre lo que uno es y sabe, y, complementariamente, la complacencia al ver que otros esparcen, magnificadas, las medias verdades que uno ha echado a andar. Y todo porque uno tiene la acuciante necesidad de ser recordado, de trascender a la brevedad de la vida.

¿Qué podía saber de cosmografía y navegación Vespucio, mercader profesional? De inicio poco o nada, pero en sus escritos se burlaba de los marinos prácticos, que sólo confiaban en su experiencia y en las indicaciones verbales de otros para hallar las rutas, mientras él exaltaba las virtudes de la tecnología moderna: un sextante y un astrolabio que sin saber utilizar bien a bien esgrimía ostentosamente. ¿Fue Américo el primero en proclamar que las tierras recientemente halladas eran una masa continental y constituían un mundo *nuevo*? No, de lo primero, el propio Colón había dado cuenta en 1498, al encontrar la desembocadura del Orinoco, y de lo segundo, Pedro Mártir de Anglería se había hecho portavoz en 1504, acuñando la expresión “Nuevo Mundo”. En realidad, el mérito mayor de Vespucio consistió en limitarse a repetir estas aseveraciones, en relatos de viaje maravillosos, exagerados o falseados, que otros encontraron, aderezaron y dieron a la imprenta.

Así sus “noticias” recorrieron Europa; en 1507 al publicar su gran mapa del mundo, el cartógrafo alemán Martin Waldseemüller sobrepuso el nombre de América a la porción del Brasil, aunque a los pocos años se arrepintiera de su flagrante error. La retractación de Waldseemüller fue insuficiente pues no pudo evitar que, al paso del tiempo, el apelativo que él había inventado pasara también a designar la parte norte del continente.

Lo dicho hasta aquí conforma el nódulo del argumento —fundamentado en una investigación exhaustiva— pero el libro de Fernández-Armesto no se agota en lo puramente episódico o en el rastreo de “verdades” fácticas. El propio autor reconoce que su propósito no es sólo aportar una imagen más cabal sobre Vespucio y la historia de un malentendido geográfico, sino dar testimonio de cómo una parte de la Italia del Renacimiento y navegantes como Colón y Vespucio desataron la tormenta cultural que a la postre daría forma al mundo que hoy conocemos. Además, su relato es riquísimo y está lleno de sugerencias y declaraciones expresas sobre su concepción global del pasado y de los distintos

pasados. Por ejemplo, no son muchos los historiadores que como él se animan a pregonar que la “historia es una rama de la literatura y la literatura es una fuente histórica” o que la “distancia entre la ciencia y la magia es mucho más pequeña de lo que creemos”. Entre ironías y seriedades, en su *Américo: el hombre que dio su nombre a un continente*, Felipe Fernández-Armesto nos permite ponderar y hacernos preguntas sobre cómo la casualidad llega a convertirse en homenaje, cuáles son las ventajas de asumir perspectivas múltiples para analizar un hecho y por qué los hombres del pretérito pueden caracterizarse más como actores de un drama mundial, que como artífices de su propio destino.

*Patricia Escandón*